

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XI. DIRECTOR PROPIETARIO: Ramón Blanco Rojo. PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre. Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria 53. COLABORADORES: Todos los suscritores. NÚM. 462.

MURCIA 26 DE FEBRERO DE 1899.

La Juventud Literaria

PALIQUE

Ya que no hemos podido coronar á nuestros generales que vuelven repatriados, coronemos á nuestros grandes poetas.

La cosecha de laurel de estos últimos años está intacta.

La guardábamos para tejer coronas con que orlar las frentes de los victoriosos, y, desgraciadamente, no ha habido lugar.

En cambio, nos han faltado siempre vivas para depositar en las tumbas de los que murieron como buenos luchando en Cuba y en Filipinas por su patria.

Antes que se sequen los laureles recogidos en el campo, precisa buscarles empleo.

Sería muy triste guardar toda la cosecha para estofado.

Ahi está Campoamor, el veterano poeta, el autor de las «Doloras» y de los «Poemas», el cantor de la mujer bonita, de la mujer elegante, de la mujer amante y de la mujer honesta, ahí está esperando que sobre sus nevados cabellos descanse el laurel de Apolo, siempre verde y fresco siempre. Coronémosle, por esto que de él se trata y toda vez que es justo.

Quizá la ocasión no es la mas oportuna. No faltará quien crea que no está España para pensar en laureles después de sus desastres. Habrá quien entienda que mas estamos para vestir crespones que para fiestas de coronación; pero estas son apreciaciones de los pesimistas, de los que aún lloran las desgracias nacionales, de los que creen que no debemos pensar en otra cosa que en purificarnos y en regenerarnos.

Puesto que tenemos frescos laureles, apliquémoslos, dejando á un lado rancias preocupaciones. ¿No hay generales que los merezcan? Pues demoslos á los poetas que los hayan conquistado. Doña Emilia Pardo Bazan, don Emilio Castelar y D. Francisco Romero Robledo patrocinan y defienden con entusiasmo la idea, ¿por qué no secundarles?

Cada pueblo ostenta lo que tiene y se

enorgullece con lo que posee. Mostremos nosotros á nuestros hombres.

¿No hay estadistas, no hay generales, no hay hacendistas que coronar y tenemos en cambio un poeta acreedor á los laureles? Pues depositémoslos sobre su frente.

Asi como así este acto nos retrata fielmente. Somos un pueblo de soñadores y de poetas.

No sólo de pan vive el hombre.

Ni todos los pueblos están llamados á marchar arrastrados por la corriente.

Dejemos á la bárbara nación norteamericana que corone al general Sampson.

Y ciñámonos nosotros la frente de Campoamor.

Ellos, los infames yanquis, se entusiasmarán con el estampido de los cañones.

Nosotros nos extasiáramos con la dulce cadencia de las «Doloras» de nuestro gran poeta...

Y ¡Dios sobre todo!



¡DESGRACIADA!

En una noche borrascosa y fria, á mi casa volvia, rendido de fatiga á descansar; y al acercarme á la entornada puerta, pisé una pobre desmayada, yerta, que á la ruda presión quiso gritar.

A medias solo conseguirlo pudo, y un tenue grito agudo que apenas pude oír, solo emitió; y una luz encendida, vi su cara más blanca que la victima del ara que al Dios de la inocencia se ofreció.

Más para que una estrella la mirado por el hambre avivada, prestaba á la mujer bello ideal... y extendiendo una mano, de improvisa con apagada voz pidió permiso para pasar la noche en el portal.

Un día le atacó una calentura, y por ponerse en cura, tuvo que retirarse del taller... Cuando volvió repuesta, ya ocupada por otra como ella desdichada encontró su trabajo y su quehacer.

Desde la infausta hora de aquel día mendigando vivia, si es que vive quien muera sin cesar. Y á su relato que tristeza daba, conmovido la di cuanto llevaba, y me daba las gracias su llorar.

Lloraba, si: sus lagrimas brotando las megillas cruzando llegaban hasta al pecho destilar... ¡Nadie comparte la ansiedad que sienten sus lagrimas rodaban cual la fuente, que ignorada de todos corre al mar.

Breve tiempo pasó. La vi en un coche su lujo era un derroche, bajó los ojos al llegarme á ver, Sonrojose la frente, ya culpada, recordando la noche desdichada que en el portal la pudo socorrer.

Un alma débil de desastres llena, cuya vida condena al desamparo, sociedad fatal, no es extraño que en loco desvario, rodando de extravio su extravio se precipite en su despacho al mal.

JOAQUIN NAVARRO SAAVEDRA



ASÍ VA EL MUNDO

I

Como todo Ministro nuevo, D. Manuel quiso aventajar en celo, su preocupaciones y reformas, á todos sus antecesores.

Dócil á los consejos de la prensa, atendía todas las súplicas, admitía todas las advertencias y perseguía todos los males candentes de la pública gobernación.

Por entonces dieron los periódicos en decir que las proporciones del pauperismo y la indigencia eran tales, que en algunas provincias amenazaban ser un serio peligro para el orden.

El Ministro de la Gobernación se alarmó al cabo y dirigió una circular á los Gobernadores de las provincias más castigadas por la miseria, encargándoles de redactar una Memoria donde se declarasen el origen del pauperismo y los medios más idóneos para remediarlo.

El Gobernador de A..., pariente de otro de los Ministros, que estaba muy ocupado con el juego, es decir, con la persecución del juego, dió carpetazo á

la comunicación, no creyéndola urgente.

Pocas semanas despues recibia un recordatorio del Ministro.

El apuro era serio. ¿Redactar una Memoria é? ¡El, que salió del pueblo y dejó las alpargatas y la zamarra para sentarse en los escaños del Congreso! ¡El, que á poco fué nombrado Gobernador, y no era abogado, ni periodista, ni poeta! ¿Y sobre el pauperismo?

Pero, despues de todo, ¿para qué estaba el Secretario del gobierno?

El digno Gobernador tocó el timbre de su despacho (que era el único timbre que podia ostentar el alto funcionario), y dijo al portero: «Que venga el señor Secretario.»

Y vino el Secretario.

«Señor Fulano—dijo el Gobernador—va usted á hacerme un trabajo difícil con toda urgencia. Se trata de una Memoria sobre el pauperismo en esta provincia, que encarga el señor Ministro, y yo no tengo tiempo de hacer. Nadie mejor que usted, con el talento que tiene, puede satisfacer los deseos de la superioridad. Emérese usted en el trabajo y dedíquese unos dias á su estudio, porque habré de firmarlo yo.»

—Está bien; en ocho dias quedará usted complacido. ¿Manda usted algo más?

—No, nada.

Al salir del despacho, dijo, para sí, el Secretario: «¡El demonio del hombre! ¡Pues no me carga mala plega! ¡Póngame usted ahora á tomar datos y escribir, y escribir! ¡Vaya, que yo no lo hago! Se lo daré á Dominguez, oficial de 1.º»

Y dicho y hecho. El digno Secretario toca el timbre, y dice al portero, que acude á su llamada:

—¡Que venga el señor Dominguez!

Y vino el señor Dominguez.

—Amigo Dominguez, me va usted á sacar de un apuro.

—¿Qué es ello?

—El señor Gobernador me ha encargado que haga una Memoria sobre el pauperismo, y yo, francamente, no estoy para escrituras ahora. Hágala usted que tiene facundia y puede inventar lo que quiera, y pasará por mía. No venga usted en unos dias á la oficina, y me hace usted ese favor. Hoy por tí, mañana por mí.

—No es grato el encargo; pero por

